

EL VIAJERO DE PRAGA

A la memoria de Enrique Grosse

I

LLOVÍA en la ciudad.

Durante meses estuvo lloviendo y lloviendo. Hacía tanto frío por las noches que la gente comentaba no haber visto jamás un invierno igual. Fue un invierno tan lluvioso y opresivo que aún se lo recuerda con horror, pues tras unos días de sol, la lluvia volvió a golpear con brío en la noche interminable. El doctor se pasaba la mayor parte del tiempo recorriendo en su viejo Mercury las calles, visitando a los enfermos, con el cuello de la gabardina levantado para resguardarse del frío. Y aunque era una tarea rutinaria, creía poder aliviar con esas visitas a algunos ancianos, siempre tan frágiles y necesitados de socorro.

—Sí, el mundo está tan enfermo... Totalmente enfermo. Ahora lo normal es ser uno de ellos. La gente sana no existe, va siendo una rareza —había comentado Kronz a un colega en el hospital.

Para él hubiera sido más prudente quedarse en casa, escuchando el rumor acompasado de la lluvia. Cambió de opinión y se dirigió hacia el sur: al corazón mismo de la mugre, donde sin duda lo esperaba una clientela tan desamparada como adicta al dolor. Así fue esquivando baches y charcos, atravesó algunas calles sin asfalto, plazoletas donde los monumentos de los héroes o ciertos generales vaciados en bronce tenían lágrimas de lluvia en los ojos. Divisó a lo lejos cines pobrementemente iluminados, iglesias y monumentos

fantasmales, escalinatas empinadas, y pasó por delante de fachadas sólo visibles para algún transeúnte solitario. Encontró empobrecida aquella zona de la ciudad, pues ciertos habitantes parecían haberla abandonado, intuyendo el peligro que en el futuro significaba vivir allí. Vio edificios y casas a punto de venirse abajo y hombres aguardando bajo los soportales. El atajo que siguió era recto y sin protección. «Esta ciudad se avergüenza de su pasado indio y español», pensaba el doctor. ¿Para ocultar así la culpa? ¿O por un exceso de pudor? No, no digas nunca de dónde provienes. O por el contrario proclama a los cuatro vientos tu origen familiar. Éste parece ser el lema, la gastada consigna de sus habitantes. Pues desde hace algunos años la ciudad se identifica con el terciopelo negro, aldeano, musical de su mediocridad...

Llevaba un buen rato recorriendo la Ferroviaria. La condenada visión de aquellas casas pintadas de colores, con los rieles del tren pasando por delante de ellas, le produjo la sensación de ser un invasor. Fue cuando entendió que esa zona no sólo había sido excluida de la vida, sino azotada cruelmente por la lluvia. Aparcó tras una cancha de fútbol. En la acera de enfrente había una casa. La luz era gris y macilenta, como el rostro de la mujer que salió a recibirlo. Al mirar hacia el interior del zaguán, la inquietud se apoderó del doctor. Entró con miedo de ser mordido por un perro. Después subió por la escalera y vio a los viejos, que parecían moverse con indecisión entre las sombras. Pero esta vez había una novedad: una niña había sufrido un ataque de epilepsia. Se olvidó de todo y se dedicó a examinarla. Al cabo de un segundo preguntó:

—¿Le ha ocurrido esto antes?

—No, doctorcito. Fue justo cuando empezó a llover cuando se enfermó —dijo una mujer de ojos lacrimosos—. Estaba para-

dita delante de la ventana y de repente se quedó como pasmada por la lluvia.

—Ya se le pasará. Ahora tiene que dormir.

—¡Ay, qué cosa tan rara! —exclamó la mujer.

—Volveré mañana —le aseguró—. Y no se olvide de las pastillas. No se preocupe, pronto va a estar bien.

A la vuelta condujo despacio, limpiando el parabrisas con una franela, pues apenas podía distinguir los carros que venían en dirección contraria. Siguió conduciendo así hasta que, cerca de la Floresta, divisó el rótulo de la panadería sujeto con unos alambres. A poca distancia de allí, en un pasaje, quedaba la casa donde vivía. Metió el carro en el garaje, atravesó el pequeño jardín, entró a la casa y subió de inmediato al dormitorio. Se despojó de la ropa y después se dio una ducha caliente. Por esa época el doctor vivía con *Elmer*, un gato runa y trasnochador que solía mirarlo con ojos de reproche en cuanto Kronz se emborrachaba. Le puso un gran cojín de terciopelo púrpura en medio de la sala, pero el gato nunca dormía allí. Por lo visto se sentía más a gusto durmiendo patas arriba encima de la mesa donde él dejaba las revistas y los folletos que recibía periódicamente. La lluvia cambió el orden de las cosas, porque esa noche el gato no salió a recibirlo (supuso que estaría debajo del refrigerador), y cuando se disponía a ir en su busca volvió a oír tras la puerta el rumor inconfundible de la lluvia. «¿Cuándo va a parar?», se preguntó. Luego fue a la cocina, abrió el refrigerador y sacó la envoltura del queso. Tomó una revista y se sirvió una copa de coñac. Cuando empezaba a disfrutar de la lectura apareció el gato con su andar rítmico y soñoliento.

—Vaya, por fin has vuelto —le dijo el doctor, acariciándole con delicadeza el lomo—. Tantos días fuera de casa, ¿dónde andabas? ¿Qué te han hecho? Vienes otra vez herido, *Elmer*...

Se puso de pie y se quedó mirando la cara enfurruñada del gato. Tenía un rasguño bajo el ojo izquierdo y, al inclinarse para examinarlo, el animal se escurrió rápidamente bajo la mesa.

A juzgar por la lluvia que se había instalado como una tupida y persistente pesadilla sobre el horizonte montañoso, el invierno aún no parecía haber terminado. Durante meses hubo cielos excesivamente encapotados, tardes alargadas tras una plomiza melancolía hasta que inesperadamente parpadearon unos pétalos en el jardín. Una flor silvestre apareció solitaria al pie de la higuera, luego fueron brotando otras. Y la lluvia, la lluvia constante y firme de esta ciudad, inició un lento retroceso. Ahora el sol señoreaba por fin sobre los tejados.

Mientras escuchaba por la radio la incitadora voz del señor Oquendo, Kronz se sintió feliz ante la reciente aparición del verano y la embriagadora sensación producida por el sol al despertar muy temprano en la mañana. Tomó la determinación de irse al campo por un tiempo y alquilar una casita en algún valle cercano a la ciudad, a pesar de que cada año tenía la costumbre de viajar a la costa. Hasta entonces, Manta le había parecido el sitio ideal para pasar una temporada y de entre todas las ciudades costeras, era quizá la que mejor se ajustaba a sus gustos. Mentalmente ya estaba haciendo ese viaje. Su amigo, el doctor Cuesta, solía esperarlo en el hotel Las Gaviotas con una botella de vino español para almorzar. Al atardecer solía sentarse con unos prismáticos en el balcón y buscaba señales de barcos en la costa, tras haberse tomado media botella de vodka. Al cabo de unas horas se despertaba, totalmente agarrotado por el frío, y asistía con el mismo entusiasmo de otras ocasiones al espectáculo inusitado de ver a los pescadores cargando cuerdas y redes sobre

las lanchas. Una noche, la luna tiñó de sangre la superficie del mar –hubo una pelea entre dos hombres en la playa, uno de ellos resultó herido con un cuchillo– y la impresión de haber participado de esa pelea se le agudizó de tal forma que no supo si fue un sueño o si todo había sido una abominable fantasía. Le consultó al doctor Cuesta, quien sonriendo con indulgencia comentó: «No hay por qué alarmarse, ocurre todos los días. Esta gente se mata por cualquier cosa». Al atardecer, Kronz sólo tenía ojos para las muchachas que paseaban por el Malecón, resueltas a exhibir con alegría sus hombros desnudos, y a quienes oía reír desde el balcón de su cuarto hasta bien entrada la noche.

Procuró desviar sus recuerdos de esos días pasados en Manta, en compañía del doctor Cuesta, ya que ahora estaba decidido a ir a otro lado. Esta vez había elegido pasar el verano en la sierra, en un valle cercano a la ciudad. De haber sabido que iba a cambiar el clima, habría telefonado al propietario de la casa. Antes de partir, sin embargo, entró al invernadero. Su pasatiempo favorito era hacer injertos con flores y podar cuidadosamente sus tallos, esto lo dejaba bien dispuesto para el resto del día. Sólo entonces se sentía satisfecho con la vida que llevaba, si es que podía llamarse vida a esa sucesión de días muertos, tediosos, que giraban sin cesar en el vacío. En todo caso, no se sorprendió por la suavidad con que se iniciaba el verano en la ciudad, cuando revienta la flor de los arupos, sin olvidar las noches de luna llena rodando sobre la porcelana de los nevados.

Mientras conducía se acordó de que debía hacer algunas compras en El Globo. Le gustaba ir a ese almacén de chirriantes puertas giratorias, donde siempre había encontrado lo que le hacía falta. Al entrar vio a la cajera ocupada en deshacer una madeja. Era una viejita de modales impecables, con cara de ángel barroco. La mujer lo saludó con una leve

inclinación de la cabeza. El doctor se dirigió a la sección para caballeros y compró calcetines de lana, dos camisas de algodón, un overol, un sombrero de tela y pilas para la radio. Luego, sorteando los escaparates donde había toda clase de botones, se acercó a la pesada cabina en forma de horca donde estaba la cajera. En cuanto la vio su mente empezó a retroceder y fue como si rebobinara una película antigua y carcomida por el tiempo. Esa mujer, de manos diminutas y delicadas, podía haber sido su madre.

—¿No se olvida de nada?

—No. Me parece que esto es todo por hoy —dijo él, un tanto turbado al ver cómo la viejita ponía a un lado la madeja de lana.

Dos horas después el motor subía rugiendo y cortando el viento.

El día era tan luminoso y las partículas de polvo se agitaban con tal intensidad sobre el parabrisas del Mercury, que daban la impresión de ser mariposas atrapadas entre refulgentes bandas de luz. Lentamente, Kronz inició el descenso en dirección al valle. Iba golpeando el volante con los dedos, como si hubiera querido enfurecer al gato que viajaba en el asiento trasero (se mantenía tranquilo dentro de la jaula, a pesar de haber sido sacado bruscamente de la casa y, aparte de emitir algún tímido gruñido de protesta, soportaba el cambio con bastante estoicismo). Desde lo más recóndito de su conciencia el doctor empezó a valorar aquel espacio infinito, lleno de libertad, las laderas bañadas por el sol y el perfume de los eucaliptos: vio relucir algunos pencos junto al camino y, a medida que se internaba por un sendero lleno de curvas, sus sentidos se fueron abriendo al aroma de los guantos que crecían por los alrededores de Capelo.